

DICTADURA UN CONCEPTO COMPLEJO

Por Verónica Beyreuther*

Existen muchas definiciones alrededor del concepto de dictadura. En términos generales, ellas coinciden en que una dictadura es aquel gobierno por el cual una o varias personas asumen sin límite alguno el control del Estado de un país^{5 6}. Es decir, la dictadura es la forma que adopta el gobierno de un régimen no democrático (ver el texto de Labandeyra en esta compilación).

Estos gobiernos dictatoriales excluyen cualquier posibilidad de división de los poderes del Estado (Legislativo, Ejecutivo y Judicial), propios de una república. En una dictadura nadie puede ponerles límites a la persona o al grupo que ejerce el poder. En este tipo de gobierno, el Estado está directamente personificado en la figura del dictador.

* Verónica Beyreuther es socióloga y docente en las carreras de Sociología y de Relaciones del Trabajo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y, también, en la materia Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado del Programa UBAXXI.

⁶ Muchas de las ideas aquí presentadas han sido basadas en el trabajo de Rouquié (1981).

En un régimen democrático, los tres poderes deberían interactuar y controlarse mutuamente. Contrariamente a lo que ocurre bajo un régimen democrático, bajo una dictadura, los parlamentos (el Poder Legislativo) son anulados, ya que no hay elecciones.

Además, aunque las hubiera, estas serían fraudulentas o con proscripciones. Tal es el caso de lo ocurrido en la Argentina en la época del llamado fraude patriótico, tras el golpe militar de 1930 (Potash, 1986 y Romero, 2012).

En una dictadura, ni siquiera los jueces pueden actuar independientemente, ya que son designados arbitrariamente según la voluntad del dictador y de su grupo. Mediante esta práctica, los integrantes de una dictadura buscan garantizar la impunidad de sus actos. Por el contrario, en un régimen democrático los jueces son designados por el Senado. Al poder elegir los jueces a su antojo, los integrantes de una dictadura se están garantizando la impunidad.

Por otro lado, los derechos y garantías constitucionales de los que todo ciudadano debe poder gozar quedan suspendidas o bien, anuladas. Ello implica que el poder que pueden ejercer los gobernantes sobre los gobernados no conoce ninguna restricción. Tampoco hay restricciones en cuanto a la duración del régimen. Es decir, una dictadura no tiene un plazo de finalización previsto.

Una dictadura implica la restricción o supresión de libertades de expresión, reunión y asociación como se ha dado varias veces en nuestro país. Por ejemplo, en la última dictadura argentina

iniciada en 1976, también se aplicó la persecución de opositores, la prohibición de la actividad política y sindical, la desaparición forzada de personas y la censura en radio, televisión, periódicos y libros (Romero, 2012).

La legitimidad de una dictadura

La coacción pura puede servir inicialmente para mantener el dominio sobre una sociedad, pero al transcurrir el tiempo, se hace necesario algún grado de consenso. Todo gobierno necesita de una legitimidad que complementa el uso de la fuerza a la hora de convencer sobre la necesidad de su dominio sobre una sociedad.

Más allá de cómo haya llegado al poder, la dictadura tratará de mantenerse en el poder todo el tiempo que le sea posible, sobre todo, en tanto dure la causa que supuestamente le dio origen⁷. De modo que el problema de la duración de una dictadura está unido en forma inseparable al de la legitimidad (Rouquié, 1986).

Para lograr esa legitimidad, las dictaduras generalmente se consolidan en el poder apelando a un supuesto interés público. A veces con promesas de recuperar un orden perdido, o de luchar contra alguna amenaza. En otras ocasiones, para garantizar un bienestar económico o enfrentar una crisis (Yescas Sánchez, 2007).

Las dictaduras prometen representar el bien común y ofrecer

⁷ Como en el caso de militares argentinos que popularizaron frases como “el proceso de reorganización nacional no tiene plazos sino objetivos” o “las urnas están bien guardadas”.

soluciones que la democracia no posee, pero esconden una realidad muy diferente. Solo buscan atender los intereses de una persona (el líder) o de un grupo y, para cumplir sus objetivos, dejan de lado cualquier otra consideración o demanda social

Este tipo de gobiernos se instaura rompiendo con el orden político anterior, tal como sucedió numerosas veces en la Argentina (ver el texto de Deich en esta compilación). A veces, no solo ignoran o violan la constitución, sino que también la reemplazan. Por ejemplo a partir del golpe de Estado del Gral. Juan Carlos Onganía en junio de 1966, se le adosó el Estatuto de la Revolución Argentina a la constitución. Sobre dicho estatuto, juraron las autoridades que ejercieron el poder durante ese período (Romero, 2012).

En ocasiones, una dictadura también puede surgir de un gobierno democrático. Este caso ocurre cuando un gobernante electo democráticamente decide hacer un autogolpe de Estado y disolver a los restantes poderes o eliminar las garantías institucionales. Por ejemplo, ante la posibilidad de perder el poder por la vía electoral, utiliza los resortes del Estado para no obedecer las leyes y perpetuarse en el mando del gobierno. Una cuestión así se registró en Perú en el año 1992 con el entonces presidente Alberto Fujimori.

Orígenes

Este tipo de gobierno, la dictadura, se originó en la República Romana -desde el 509 a. C. hasta el 27 a. C- como una institución

constitucional para ser ejercida solamente en momentos excepcionales. En aquella época, la dictadura adoptaba la forma de una magistratura, o sea, un cargo o función dentro del Estado. Sin embargo, esta magistratura solo se podía aplicar en forma extraordinaria en casos de peligro o de amenaza exterior, o cuando por algún conflicto interno, la situación social se volviera incontrolable. Si alguno de esos sucesos ocurría, el Senado podía autorizar a los cónsules (el cargo ejecutivo de mayor poder) a designar a un funcionario que se llamaba dictador.

Una vez elegida la persona que ocuparía esta función se le otorgaba un poder absoluto y las decisiones que tomaba eran inapelables. No obstante, también quedaban algunos controles en pie. Por ejemplo, el dictador solo podía mantenerse en su cargo en un lapso temporal muy definido y breve (seis meses). Ejercía, entonces, una función prevista, designada y legitimada por el régimen político romano. Si bien todos los restantes cargos ejecutivos quedaban suspendidos, los cónsules mantenían sus potestades.

De modo que la dictadura se daba pues en conformidad con la constitución del Estado. Es decir que no la violaba, sino que estaba establecida para salvarla frente a una amenaza muy puntual.

Como puede observarse, las dictaduras que se han llevado a cabo en los últimos años (a partir del siglo XX) difieren

absolutamente de lo que fue en sus orígenes, durante la época del imperio romano. En su versión contemporánea, la dictadura no posee ningún tipo de contralor ni está prevista en la legislación y mucho menos tiene un plazo determinado para su duración.

También, hay otros usos del término “dictadura”. Por ejemplo, en la teoría marxista-leninista se utiliza la expresión “dictadura del proletariado” para hacer referencia al gobierno de los trabajadores o proletarios en el marco del triunfo del sistema socialista.

Según este concepto, los trabajadores no tienen los medios de producción de la riqueza, sino apenas su fuerza de trabajo por la que obtienen un magro salario. Por ello, una vez que derrotaran al sistema capitalista conformarían esta dictadura para consolidar y desarrollar el proceso revolucionario socialista⁸.

Debates sobre los tipos de dictaduras

En América Latina, en algunos casos, no es fácil acordar sobre el carácter dictatorial de un régimen. A veces, no se puede poner el par dictadura-orden constitucional, tal como el negro y el blanco (Rouquié, 1986). Los procesos sociales son mucho más complejos y rara vez se pueden caracterizar en forma simple.

Los regímenes políticos dictatoriales tienen características claras, que permiten definirlos o encasillarlos sin mayor dificultad

⁸ Pueden consultarse diferentes definiciones de dictadura en la web <<http://www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/quees3.html>>

(por ejemplo, el período de Hitler como canciller alemán o el de Videla en la Argentina). Sin embargo, en otras ocasiones, hay casos dudosos o que dificultan ser caracterizados de una manera directa. Por eso, se requieren profundos análisis, un gran conocimiento de la coyuntura y del contexto para, recién entonces, calificar el caso del que se habla (por ejemplo, en tomo a Cuba o a China).

Para los ciudadanos de una sociedad determinada, tampoco resulta siempre evidente que una dictadura sea más ilegítima que el poder “normal” o constitucional al que sustituye. Como se ha dicho anteriormente, si bien han llegado al poder impuestas por intermedio de golpes de Estado, las dictaduras también pueden poseer algún tipo de consenso civil.

Una dictadura puede ser de diferentes tipos, abarcando desde un autoritarismo superficial al totalitarismo más inhumano. En esta última opción, el gobernante tratará de utilizar todo su poder para imponer una ideología determinada o para convertirse él mismo en un Dios sobre la tierra, con poder de vida y muerte sobre la población. Este fue el ejemplo del fascismo o el nazismo, entre muchos otros. O líderes como Stalin, que hicieron obligatorio el culto a su persona.

También, pueden encontrarse dictaduras que buscan imponer una religión determinada o para mantener el poder, o solo para enriquecerse sin darles mayor importancia a las ideas (por ejemplo, las dictaduras de Duvalier en Haití, o de Trujillo en República Dominicana). Incluso pueden encontrarse dictaduras

basadas en la existencia de personalidades lindantes con la locura (como fue el caso de la dictadura de Idi Amin en Uganda, en África).

Las dictaduras en América Latina

Las dictaduras que imperaron en América Latina durante el siglo XX fueron ejercidas generalmente por gobiernos militares que utilizaron el pretexto de encauzar Estados debilitados por gobiernos democráticos ineficientes. Esta ineficiencia se observaba tanto en la imposibilidad de resolver crisis económicas como para luchar contra la subversión. Con este concepto (subversión), quienes integraban una dictadura se referían a los grupos armados, generalmente de izquierda, que planteaban un cambio radical del régimen político.

Para “salvar” a la nación de estos grupos izquierdistas armados, los militares realizaron golpes de Estado, arrogándose de este modo el poder y su uso discrecional. Al no tener controles de ningún tipo, cometieron toda suerte de atrocidades, justificando su accionar en la lucha antiguerrillera o anticomunista. En la práctica, aplicaron un terrorismo de Estado indiscriminado, a la vez que trataban de ocultar tales hechos ante la opinión pública nacional e internacional.

En síntesis, en esta forma política que acabamos de describir (la dictadura), la parcialidad y la arbitrariedad se erigen como normas permanentes, formales o informales (ver el tex-

to de Pedrosa en esta compilación), sin ninguna intervención organizada de los ciudadanos ni de otras instituciones representativas como elementos que controlen o balanceen al poder estatal. La dictadura es la forma de gobierno de un régimen político no democrático.

Bibliografía

POTASH, ROBERT (1986), *El ejército y la política en la Argentina: 1928- 1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Hyspamérica.

ROMERO, LUIS ALBERTO (2012), *Breve historia contemporánea de la Argentina. 1916-2010* (3.^a ed. revisada y actualizada), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

ROUQUIÉ, ALAÍN (1981), Dictadores, militares y legitimidad en América Latina, *Crítica & Utopía* (n° 5), Buenos Aires. Disponible en <<http://bibliotecavirtualclacso.org>>

ROUQUIÉ, ALAIN (1986), *Dictadores, militares y legitimidad en América Latina*, México, Siglo Veintiuno Editores.

GOLPE DE ESTADO: APROXIMACIONES AL CONCEPTO, DEFINICIONES Y TIPOLOGÍA

Por Florencia Deich*

Introducción

Este texto presenta una serie de elementos para comprender el significado del concepto de golpe de Estado. Se lo abordará del siguiente modo: primero, influido por la historia del país donde se produce y, segundo, condicionado por el momento particular en que sucede.

Esto quiere decir que las distintas definiciones acerca del concepto de golpe de Estado pueden variar según el contexto histórico y las implicancias que estos hechos manifiesten sobre la vida política de un país específico. En síntesis, la suma de la historia (del país y de los protagonistas) y el presente inmediato cuando el golpe ocurre determinan que cada golpe tenga características específicas.

* Florencia Deich es licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, profesora de Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado del Programa UBA XXI y jefa de trabajos prácticos de la materia Ciencia Política de! Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos

Los momentos en que se produce un golpe de Estado, en una sociedad determinada, son en general muy problemáticos y, por eso, requieren de un análisis detallado. Por otro lado, los vínculos entre la sociedad y el Estado son siempre difíciles de entender ya que en ellos aparecen múltiples personajes y grupos, con estrategias ambiguas y, a veces, contradictorias o cambiantes.

Al tomar en cuenta la complejidad que se abre al analizar el concepto, no debe utilizarse una ecuación “buenos contra malos”. Pensar que los actores, sus intereses y sus acciones, son homogéneas, conduce a analizar erróneamente la realidad y a obtener conclusiones parciales y a menudo incorrectas.

Finalmente, en este capítulo, también se presentarán algunos ejemplos históricos que dan cuenta de la complejidad del concepto de golpe de Estado como hecho concreto a lo largo de la historia argentina.

El concepto

Un golpe de Estado siempre se propone producir una ruptura del régimen político existente hasta ese momento¹. En este sentido, el concepto de cambio de régimen político es clave para el análisis de los golpes de Estado. El golpe (la acción de derribar a un gobierno constitucional) es el instrumento que permite conducir y producir ese cambio.

El Estado debe abordarse en conjunto con el de régimen político:

(1997) y Labandeyra en la presente compilación. Herramientas para el análisis de la sociedad y el Estado

Un golpe de Estado produce un cambio de régimen político.

Por lo general, un golpe (de Estado) conduce un cambio desde un régimen democrático -que es el que cae- a otro dictatorial, que se impone por la utilización ilegal de la fuerza.

Un golpe de Estado es una acción que no está prevista en la ley y que interrumpe formas democráticas de elección de autoridades políticas.

En la Argentina esto ocurrió reiteradamente a través del sistema democrático desde comienzos del siglo XX, sobre todo, con la sanción de la llamada Ley Sáenz Peña del año 1912 que inauguró la etapa de la democracia en el país (Romero, 2012).

Las leyes que regulan el régimen político están generalmente en las constituciones nacionales. Al mismo tiempo, las leyes de un país reglamentan la obediencia de los cuerpos armados del Estado a las autoridades políticas legítimas. Al desobedecer todo esto sin importar la causa que lo origine o justifique, es que el golpe de Estado se define como una acción inconstitucional y por ello fuera de la ley.

Un golpe de Estado, sin importar la causa que invoque, es siempre un acto ilegal.

Por otro lado, necesariamente, un golpe de Estado involucra algún tipo de violencia por parte de quienes lo ejecutan. A veces,

la presencia de la fuerza es muy visible, como ocurrió en el golpe de 1930 que terminó con el gobierno de Hipólito Yrigoyen o en el de 1955 que expulsó a Juan Domingo Perón del poder. En ambos momentos, con diferentes grados, las fuerzas militares salieron de los cuarteles donde están destinadas normalmente y aplicaron la fuerza contra el gobierno democrático.

A veces, esa violencia está más solapada, como sucedió en 1962 con el movimiento que obligó a renunciar al entonces presidente radical Arturo Frondizi. Seguramente, estas diferencias (en el grado de violencia aplicada al derrocar a un gobierno) tengan que ver con el grado de oposición que los líderes del golpe perciban de parte de la sociedad y de la fortaleza del gobierno que se busca derrocar.

Un golpe de Estado siempre es un hecho violento, aunque variable en el grado y en la forma en que la aplica.

Otro elemento característico de los golpes es que no fueron realizados por las Fuerzas Armadas o algún sector de ellas exclusivamente. En general, estos golpes fueron liderados y planificados por los militares pero también impulsados por distintos actores civiles. Y en muchas ocasiones, contaron con fuerte apoyo político y social y también de parte de ámbitos religiosos, gremiales e, incluso, internacionales.

La heterogeneidad de proyectos de los golpistas fue una característica común en la historia de las interrupciones militares en la Argentina. Por ello, al poco tiempo de asumir el poder, los

golpistas ya que no podían consolidar un núcleo de poder que los sostuviera en el tiempo.

Por eso, una característica muy común de los golpes de Estado en la Argentina es que quienes los realizaron solo tenían en común el deseo de expulsar al presidente o al partido de gobierno y no poseían más acuerdos que ese. Debido a esto, al llegar al poder, comenzaban inevitablemente a dividirse y enfrentarse, muchas veces también apelando a la violencia entre ellos mismos.

Así, poco después del éxito de la rebelión militar, los problemas sociales o económicos que habían dado sustento al golpe, recrudecían. Ante la imposibilidad de resolver los problemas que la sociedad les planteaba, los golpistas debían volver a convocar a elecciones y dar paso a una transición a la democracia (ver el texto de Simone en esta compilación).

Un golpe de Estado es un hecho en el que participan diversos sectores y grupos sociales.

Suele ocurrir que, cuando retoma la democracia, los golpistas vuelven a encontrar un factor común y, otra vez, se unen para conspirar. Tal es el caso en la Argentina, donde el cambio constante entre regímenes democráticos y no democráticos se volvió una historia difícil de terminar (Romero, 2012).

Cada golpe de Estado posee objetivos y representa intereses determinados que pueden no tener nada que ver con otros

golpes de Estado anteriores o posteriores. Por esto, la única manera de interpretar las circunstancias que dieron origen a un golpe -y que explican su éxito en tomar el poder- es analizar cada caso en forma independiente, encontrando sus elementos particulares.

Una vez que el golpe de Estado es comprendido en su especificidad (es decir, en aquello que lo hace diferente a los otros) puede plantearse un estudio más profundo. Incluso compararlo con el resto de los golpes de Estado. De este modo se podrán analizar las diferencias y continuidades entre los distintos golpes de Estado. Esto aportará mucho a comprenderlos mejor y entender por qué ocurrieron.

Un golpe de Estado es un hecho que tiene características propias y por lo tanto, diferentes a las de otros golpes de Estados, pero también numerosos elementos comunes.

¿Cómo analizar un golpe de Estado?

A partir de lo dicho hasta aquí, para abordar el estudio de los golpes de Estado es necesario profundizar en cuáles son los elementos distintivos que los caracterizan.

En la Argentina, hubo muchas interrupciones de gobiernos constitucionales aunque, como se dijo anteriormente, no todas han sido similares. Los aspectos a considerar para caracterizar un golpe de Estado y que permiten distinguirlo de otros son:

1) las causas que conducen al hecho del golpe, 2) el liderazgo y

los actores que los llevan a cabo, sus intereses y discursos, 3) cómo se desarrolla y 4) las consecuencias y efectos sobre el sistema político y la vida social.

Por lo general, las causas que llevan a un golpe de Estado, se emparentan con la existencia de una profunda crisis política, institucional o económica de una nación. En cualquiera de esos casos, el gobierno democrático de turno (el que será derrocado por el golpe) pierde la legitimidad ante parte de la ciudadanía. La población, entonces, no cree que el gobierno democrático pueda solucionar los problemas que se enfrentan. Por ello, se encuentra en un escenario de fragilidad importante cuando no extrema.

En ese marco de crisis, el gobierno democrático también pierde el control de las instituciones que monopolizan la fuerza, como por ejemplo, las fuerzas militares y la policía. Al mismo tiempo, pierden el apoyo de sectores con poder y que podrían evitar el golpe (empresarios, Iglesia, la prensa, los sindicatos, otros partidos y liderazgos, etc.). Finalmente, los golpistas se aprovechan de ambos factores: una situación de crisis (social o económica) que no puede ser solucionada y la falta de apoyo del gobierno.

Tipología de los golpes de Estado

Los golpes de Estado en que las Fuerzas Armadas toman el poder y son el grupo más importante de la coalición golpista, son los denominados golpes militares. En estos casos todas las instituciones existentes quedan bajo la órbita militar. Son los jefes de

dichas fuerzas quienes eligen al presidente y suprimen el parlamento; eligen a los gobernadores, intendentes y embajadores que muchas veces son hombres de armas. Las decisiones se toman en el seno de la institución militar que es el verdadero poder.

Como en todo golpe de Estado que anula un régimen democrático, la constitución queda relegada y se prohíbe la actividad política en cualquier ámbito. Este tipo de golpe de Estado fue el más común en la historia argentina.

Cabe señalar, también, que los actores civiles pueden organizar un golpe de Estado con el objetivo de cambiar el rumbo político de un país a través de la violación y de la falta de reconocimiento de la legalidad constitucional vigente. Un golpe de Estado sin que participen los militares. A este tipo se lo puede denominar golpe institucional.

Este tipo de golpe de Estado no ha sido característico en la historia argentina, aunque un tipo de acción de este estilo ocasionó el fin del gobierno de Fernando de la Rúa. Sin embargo, aquellos sucesos no ocasionaron un cambio de régimen, ya que el sucesor de De la Rúa asumió la presidencia siguiendo lo previsto por la Constitución Nacional.

Por otro lado, también puede ocurrir que un mismo gobierno -originalmente democrático- realice un golpe para quedarse en el poder. Esto puede suceder porque visualiza que lo puede perder en las elecciones o porque no se puede reelegir.

En este caso, el llamado autogolpe de Estado, significa que un presidente que había sido elegido por la vía democrática se

convierte en un dictador. Esto es así porque anula el parlamento, la justicia y suspende las garantías constitucionales de la población. En la Argentina, no se registra este tipo de golpes. Un ejemplo fue el protagonizado por el entonces presidente peruano Alberto Fujimori en los años 90.

Un nuevo tipo de golpe de Estado es el llamado golpe de mercado. A partir de la década de 1980, el descrédito de los militares luego de la guerra de Malvinas impidió que se produjera otro nuevo golpe de estado. Sin embargo, la inestabilidad de los presidentes democráticos continuó (Romero, 2012).

Durante el golpe de mercado en vez de tropas y aviones, se utilizan el mercado financiero y la economía como armas (corridas contra la moneda nacional, subidas del dólar, inflación). Pero el intento de desestabilizar a un gobierno, no solo se observa en variables económicas, sino también en la calle. Por eso, incluye los llamados saqueos y movilizaciones informales de sectores marginados bajo la batuta de grupos políticos que buscan crear una sensación de descontrol y pérdida de orden.

La combinación de ambos (descontrol económico y desorden social) produce la pérdida de legitimidad del gobierno. Los ciudadanos no confían en que el Estado resuelva la crisis económica y garantice el orden social. También, suele aparecer en la población un temor generalizado por la posible proliferación de hechos de violencia social. Este tipo de acción golpista se observó parcialmente en la Argentina. Fue la que aceleró el fin del gobierno de Raúl Alfonsín y terminó con el de

Fernando de la Rúa (Romero, 2012). Ambos hechos tuvieron al Partido Justicialista en el centro de la conspiración.

Más allá de los diferentes tipos de golpes de Estado, la violencia y el uso de herramientas no democráticas están siempre presentes, sea un movimiento civil, militar o cívico- militar. Lo mismo ocurre con la aplicación de la fuerza contra la oposición, la disidencia o las expresiones contrarias hacia quienes están en el poder.

Los golpes de Estado en la Argentina

Durante el siglo XX, en nuestro país, se sucedieron seis golpes de Estado militares, en los siguientes años: 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976. Cada uno de esos golpes adoptó diferentes características en relación con los objetivos y actores que los llevaron a cabo.

El primer elemento, entonces, para destacar es la gran cantidad de golpes de Estado y cambios de régimen que sufrió nuestro país. Esto no fue igual en toda la región.

Otros países atravesaron experiencias autoritarias muy breves o fueron directamente inexistentes, como Colombia, Venezuela y Costa Rica. Países como Chile y Uruguay tuvieron golpes de Estado que perduraron en el tiempo, pero en un número menor que la Argentina. Por su parte, Brasil y Paraguay transitaban por dictaduras muy largas, o por sistemas autoritarios como México (Alcántara, Paramio, Freidenberg y Déniz, 2006).

Los cuatro primeros golpes en la Argentina (1930, 1943, 1955 y 1962) establecieron dictaduras provisionales y, luego, los gobiernos que surgieron de ellos, llamaron a elecciones. En los últimos dos golpes (1966 y 1976), las dictaduras triunfantes intentaron establecer un gobierno de largo plazo (Romero, 2012).

El primer golpe militar de la historia argentina se realizó el 6 de septiembre del año 1930 y fue liderado por el general José Félix Uriburu. Este golpe derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen de la Unión Cívica Radical que había sido elegido a través del voto popular para ejercer su segundo mandato en 1928.

Ese fue el primer golpe militar en la historia del país. Curiosamente, no tuvo el apoyo activo de numerosos sectores de las fuerzas armadas, aunque sí de la prensa, la Iglesia y los partidos opositores. El mismo Juan Domingo Perón fue una pieza importante en ese proceso.

Posteriormente y a pesar de su origen claramente ilegal, Uriburu fue reconocido como presidente provisional de la Nación por la Corte Suprema. Esto dio origen a la doctrina de los gobiernos de facto que sería utilizada para legitimar a todos los demás golpes militares.

La dictadura de Uriburu y sus continuadores utilizaron la proscripción (prohibición de presentarse a elecciones para algunos de los líderes opositores) del radicalismo y el control absoluto de los resultados electorales a través del fraude patriótico realizado por las Fuerzas Armadas. Este hecho dio inicio a lo que se denominó

la “década infame”, un gobierno falsamente democrático y restringido.

El golpe de junio de 1943 tiene varias particularidades que los destacan de los otros. Fue un golpe importante en la historia del país más allá de la brevedad e inestabilidad de los gobiernos que inauguró (Romero, 2012).

Lo primero que se debe destacar del golpe de 1943 es que derrocó al gobierno de facto anterior⁹. En segundo lugar, se puede mencionar que fue el único golpe que tuvo solo intervención militar. En tercer lugar, el golpe no tuvo causas económicas sino que surgió como respuesta a la intención del gobierno fraudulento de Ramón Castillo de romper la neutralidad frente a la Segunda guerra mundial, volcándose así al bando aliado liderado por Estados Unidos. Contrariamente, los responsables del golpe de 1943 admiraban el modelo italiano liderado por el fascista Benito Mussolini, sobre todo, el orden social que había logrado dejando de lado el “peligro comunista”. Por último, en este golpe volvió a participar (y esta vez con mucho más protagonismo) Juan Domingo Perón, quien llegaría hasta ser vicepresidente del gobierno militar.

Cabe señalar que el gobierno surgido de este golpe no tenía pretensiones de permanecer mucho tiempo en el poder, por lo que fue una dictadura con carácter transitorio. Sin embargo, no por eso las disputas internas fueron menos intensas. En efecto, se

⁹ Ramón Castillo, el presidente derrocado, era parte del régimen de la llamada década infame, heredero directo del golpe de 1930 pero barnizado de democracia mediante el fraude patriótico.

desencadenaron dos golpes internos (golpes dentro del golpe). Es decir que tres dictadores se autoproclaman presidentes sucesivamente: Arturo Rawson, Pedro Pablo Ramírez y Edelmiro Farrell.

El siguiente golpe (1955) se caracterizó por su antiperonismo y la violencia ejercida contra los seguidores del general Perón, quien había sido electo en 1945 y reelegido en 1951. Otra particularidad que presentó este golpe se relaciona con la falta de acuerdo entre quienes formaban parte de la coalición golpista (o quienes tomaron el poder). Como es de esperar, esto trajo conflictos internos con respecto a la gobernabilidad, por ello el presidente surgido de dicho golpe debió renunciar al poco tiempo de asumir, dejando el lugar a otro militar.

Los golpes contra los gobiernos radicales fueron también particulares. En el caso del gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), se mantuvo la fachada constitucional en forma superficial, como si el presidente hubiera renunciado voluntariamente, cuando no fue así (Romero, 2012). Fue público y notorio que Frondizi abandonó el gobierno por la constante presión y extorsión de los militares. Como también había renunciado el

vicepresidente, entonces asumió la primera magistratura del país José María Guido (1962-1963), quien era el presidente provisional de la Cámara de Senadores y así se mantuvieron las formas constitucionales.

Durante el gobierno de Guido, se ejemplificó lo dicho en páginas anteriores sobre la dificultad de los golpistas para encontrar acuerdos. Las diferencias entre los militares que ocasionaron el golpe contra Frondizi se hicieron públicas al punto que se dirimieron por las armas en el recordado suceso de “azules contra colorados” (Romero, 2012).

En el caso del golpe que derrocó al presidente Arturo Illia (1963-1966), sucesor de Guido, lo llamativo es que el país no vivía ninguna crisis económica. Por el contrario, se trató de un momento de estabilidad y crecimiento.

Vale decir que fue un golpe de Estado ocasionado por diferencias políticas y las ambiciones de distintos actores que no estaban dispuestos a esperar el final del mandato del radical. El golpe contra Illia contó con el activo apoyo del peronismo a través de la participación sindical y las ambiguas señales enviadas por el mismo Perón desde España, donde se encontraba exiliado.

El golpe de Estado liderado entonces por el general Juan Carlos Onganía (1966) se propuso conformar un gobierno de largo plazo y con objetivos que buscaban imponer un cambio estructural en la economía y la sociedad argentina. No lo logró y, además, debió renunciar como consecuencia de un movimiento social que

encontró en el llamado “Cordobazo” su momento más simbólico (Romero, 2012). Desde entonces, la violencia política comenzó a ser un dato constante de la realidad política argentina.

El último golpe de Estado (1976) se caracterizó por haber sido el más sangriento de la historia de la Argentina. Se impuso el terrorismo de Estado y se violaron sistemáticamente los derechos humanos (ver el texto de Etchevest en esta compilación). Se produjeron decenas de miles de desaparecidos, muertos, secuestros y exilios.

La derrota en la guerra de Malvinas (1982) y la quiebra económica del país, ocasionaron un desastre de tal magnitud que arrastraron con ellos la idea de que los militares podían servir para algo más allá de gestionar la vida en los cuarteles.

De hecho, hasta el día de hoy no se ha registrado ningún otro gobierno militar. Tampoco los militares han vuelto a aparecer ante la opinión pública como posibles líderes para solucionar coyunturas de crisis, lo que era muy habitual en los años anteriores.

Por lo expuesto, el golpe de Estado ha sido un protagonista ineludible en la historia argentina. Sin embargo, como método habitual de influencia política no es el culpable ni el responsable de los desencuentros ni de la decadencia de la sociedad argentina. La interrupción del régimen democrático por la fuerza es el síntoma y la muestra de profundos desacuerdos y de la imposibilidad de una sociedad (con sus grupos antagónicos) de

llegar a consensos y a una estabilidad del régimen, aun con sus diferencias.

Bibliografía

ALCÁNTARA, MANUEL; Paramio, Ludolfo; Freidenberg, Flavia y Déniz, José (2006), *Reformas económicas y consolidación democrática*, Madrid, Síntesis Editorial.

AZNAR, Luis y De Lúea, Miguel (Coords.), (2010), *Política. Cuestiones y Problemas*, Buenos Aires, Paidós.

LEIRAS, SANTIAGO (Comp.), (2012), *Democracia y estado de excepción. Argentina 1983-2008*, Buenos Aires, Prometeo.

LEVI, Lucio (1997), Régimen político, en Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política* (pp. 1362-1366), México, Siglo Veintiuno Editores.

ROMERO, Luis ALBERTO (2012), *Breve historia contemporánea de la Argentina. 1916-2010* (3.^a ed. revisada y actualizada), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

DEFINIENDO AL POPULISMO

Por Melina Nacke* y Laura Petrino* *

Introducción

¿Qué tienen en común Rafael Correa, Evo Morales, Hugo Chávez, José Mujica, Néstor Kirchner y Luiz Inácio Lula da Silva? Por diferentes motivos y en distintos momentos, todos fueron señalados como líderes populistas.

Dicha identificación fue utilizada, tanto de manera negativa como positiva, por opositores, medios de comunicación, especialistas e investigadores académicos. Sin embargo, un análisis comparativo y detallado sobre las políticas que estos líderes impulsaron, el tipo de alianzas estratégicas que llevaron a cabo, el nivel de énfasis de sus discursos o el público al que se dirigieron, arroja resultados visiblemente diferentes.

*Melina Nacke es licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires y candidata a magister en Administración y Políticas Públicas por la Universidad de San Andrés. Docente de la materia Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado del Programa UBA XXI de la Universidad de Buenos Aires.

**Laura Petrino es licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la materia Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado del Programa UBA XXI de la Universidad de Buenos Aires.

Entonces, a la pregunta sobre qué se entiende por populismo pueden seguirle múltiples y variadas respuestas. El uso de este término se produce especialmente en contextos políticos, donde suele tener una connotación negativa. Sin embargo, en la mayoría de las interpretaciones, el término se asocia a un rasgo popular o proveniente del pueblo.

Este artículo presentará diversas definiciones del concepto y algunos elementos característicos de los líderes que lo encarnan.

El populismo y sus definiciones

Las democracias latinoamericanas de los últimos años asistieron al surgimiento de líderes populistas que buscaron diferenciar su manera de hacer política y ejercer el poder.

Estos nuevos líderes -mencionados en la introducción- pueden ser considerados como prueba empírica en la búsqueda de una definición general del populismo, a pesar de las diferencias que existen entre ellos.

Diversos enfoques relacionan la aparición de los populismos con diferentes causas. Una primera explicación responde a cuestiones estructurales, como la modernización o industrialización de las sociedades, así como a las políticas sociales y económicas implementadas. En este punto, el populismo es la expresión de una sociedad que se moderniza, generando nuevos conflictos sociales frente a los cuales el líder populista actúa como regulador de demandas.

Una segunda explicación define al populismo como resultado de la crisis de representación de los partidos políticos tradicionales. En este caso, los líderes populistas aparecen como la opción personalista de la representación colectiva, que permite superar la crisis e iniciar un nuevo proceso de confianza entre la sociedad y sus representantes.

Una tercera explicación refiere a que el surgimiento de los liderazgos populistas se relaciona con el contexto socioeconómico de pobreza y marginalidad social que experimentan los países latinoamericanos, en los cuales los populistas aparecen como líderes delegativos (ver el artículo de Bertino en este libro) que devuelven las esperanzas sobre el rol del Estado, en busca de revertir la constante de retrocesos económicos y sociales.

De esta manera, a lo largo de la historia, una gran variedad de líderes y movimientos sociales y políticos fueron denominados como populistas, sin explicar qué cuestiones justificaban dicha denominación y dificultando su conceptualización. Además, esta última se dificulta -especialmente- en la extensa capacidad de adjetivación que presenta el concepto, la cual toma difusos los límites de su definición y complejiza su estudio. También, existe una falta de consenso académico respecto de una definición para el término.

Tratar de entender a qué se refiere el término populista, qué aspectos de las políticas públicas o de las orientaciones ideológicas alinea bajo un único concepto, será el objetivo de las páginas que siguen.

Populismo: debate conceptual

Se pueden identificar diversos enfoques teóricos que definen al populismo como un término exclusivamente político. Touraine (1999) y Vilas (1988) definieron al populismo como un tipo de política que muestra el modo en que el Estado interviene en términos sociales. Esta forma específica de hacer política es característica de países dependientes, en donde se apela al pueblo y a la centralidad del Estado como agente de transformación.

En esta misma línea, Dombusch y Edwards (1992) entienden al populismo como un tipo de política económica que se concentra en métodos redistributivos y de crecimiento, quitando importancia a los problemas de inflación y de aumento del déficit. En este punto, los autores advierten que las políticas populistas fracasan en última instancia y afectan a los grupos que buscaban favorecer.

Freidenberg (2007), por su parte, señala que populismo es un concepto relacionado con un determinado estilo de liderazgo. Dicho liderazgo se caracteriza por la relación directa entre el líder y sus seguidores. Estos líderes son carismáticos, personalistas y paternalistas y no reconocen mediaciones institucionales. Además, según la autora, en los liderazgos populistas los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y confían en sus métodos redistributivos y en su relación clientelar por medio de la cual, estiman, obtendrán mejoras. En este punto, Weyland (2010) define al populismo como una estrategia política llevada a cabo por un líder personalista para

ejercer el poder sin control institucional, pero a través del apoyo directo y desorganizado de un gran número de seguidores.

Autores como Canovan (1999) señalan que los populismos pueden entenderse como democracias inclusivas propuestas por líderes populistas, basadas en un lenguaje socialmente compartido y con altos niveles de glorificación. En este sentido, los populismos latinoamericanos presentan vínculos estrechos con la democracia delegativa presentada por O'Donnell (1992), en donde los ciudadanos encomiendan, entregan, confían el poder al ganador de la elección.

En tanto forma de hacer política, el populismo exhibe interpretaciones opuestas. Aboy Carlés (2011) señala que, debido a que busca ampliar los niveles de representación y profundizar la equidad social, el populismo se plantea como profundización de la democracia. Para Panizza (2008) es un “modo de identificación política que se encuentra disponible para cualquier actor político que opera en un campo discursivo en el que la noción de soberanía popular y su inevitable corolario, el conflicto entre dominados y dominantes, son parte central del imaginario político”.

Por otra parte, Laclau (1986) y De Ipola (1983) definieron al populismo como un tipo de discurso político. Este discurso se caracteriza por la descalificación constante de los otros y por la interpelación a los individuos como miembros de un colectivo, que son víctimas directas de los intereses de esos “otros”. Lo que convierte a un discurso ideológico en populista, es su apelación al

pueblo como referente básico.

Para Aboy Carlés (2011), es tanto un “discurso de ruptura del orden político como un discurso de reinstitución del orden mediante la constitución de un nuevo orden político”.

Por último, Drake (1982) señala que el populismo se basa en una coalición heterogénea donde predomina la clase trabajadora junto a algunos sectores importantes de los estratos medios y altos que la dirigen.

Las posturas negativas respecto del populismo enfatizaban los peligros que encierra para la democracia representativa en el contexto de desencanto de los ciudadanos con la política; mientras que las visiones positivas destacan a los procesos populistas como formas de “resistencia” a la intrusión de agencias estatales y capitalistas, los cuales surgen desde abajo y se apoyan en las tradiciones, las costumbres y normas éticas del lugar (Nun, 2015).

De esta manera, el populismo es un concepto que está relacionado con diversas situaciones y actores políticos, y como tal se vincula al régimen político y a la calidad de la democracia, aunque los autores planteen interpretaciones diferentes respecto de su éxito o fracaso para lograrlo.

Cinco elementos para definir al populismo

Al tomar como punto de referencia la conceptualización elaborada por Flavia Freidenberg (2011) “[...]el populismo afecta la institucionalidad y la convivencia democrática, subordinando las instituciones a las decisiones de un líder y enfrentando a los órganos del Estado entre sí; polarizando el discurso contra los que opinan diferente o critican al proyecto, y generando inclusión a través de prácticas de subordinación más que de empoderamiento de los ciudadanos. Estos liderazgos plantean vínculos de suma cero: se está totalmente a favor o totalmente en contra. No hay términos medios. Estos líderes no están solos. Junto al líder populista, hay ciudadanos populistas. Los votantes eligen tener un vínculo directo y emocional con el líder, al mismo tiempo que desconfían de los partidos tradicionales y de las instituciones para resolver sus problemas cotidianos. Prefieren la representación delegativa antes que la democracia pluralista. Por tanto, la manera en que se ejerce ese liderazgo y las razones que llevan a los ciudadanos a legitimar este modo de inclusión subordinada a la voluntad del líder, que dificulta la convivencia y la autonomía de las instituciones democráticas, son claves para comprender la dinámica política actual en Venezuela, Bolivia o Ecuador”, en el final de este artículo se propone una definición de populismo y se reflexiona sobre las principales características de los líderes que lo encarnan.

Freidenberg señala que populismo es un concepto relacionado con un determinado estilo de liderazgo. Siguiendo a la mencionada autora, el liderazgo populista no se reduce al con-

texto social en el que se desarrolla, ni al tipo de políticas que impulsa ni al modelo económico que promueve, sino al tipo de relación que se instaura entre el líder y sus seguidores¹⁸. En este sentido, la definición de populismo se vincula con el accionar de sus líderes, y con las diferencias que plantean con otros tipos de liderazgos.

A continuación, se presentan los cinco elementos que tomaremos en la definición del populismo.

El populismo es un concepto relacionado con un determinado estilo de liderazgo.

1. El populismo y la democracia: la excusa de la herencia recibida

Los líderes populistas se constituyen como una alternativa concreta que busca cambiar el sistema político, frente a otros actores tradicionales a los que acusa por el estancamiento que sufre el país (Freidenberg, 2011).

La “herencia recibida” se transforma en la excusa para el desarrollo de planes de gobierno sin mecanismos de control. En tanto las instituciones son utilizadas y luego descartadas, en las democracias populistas se agota la capacidad de control

¹⁸ La definición de líder populista se acerca en este punto al tipo ideal carismático que plantea Weber y que se analiza en el artículo de Patricio Gómez Talavera en este mismo libro, en donde las características personales de un líder legitiman las reglas que regulan la sociedad y sostienen la dominación del Estado.

de unas instituciones sobre otras, y se tensiona el Estado de Derecho.

El populismo se relaciona con la democracia delegativa propuesta por O'Donnell (1992) y desarrollada en este libro por Bertino, por lo tanto, afecta la calidad y la institucionalidad de la democracia.

2. Una relación directa con los seguidores

El liderazgo populista es resultado de la relación directa entre líder y los seguidores, en la cual no existen intermediarios (ni personales, ni institucionales). Los regímenes populistas se caracterizan por una escasa intervención ciudadana en los asuntos públicos, excepto en lo discursivo, en donde los ciudadanos esperan que el líder extraordinario “los salve”.

Además, en los liderazgos populistas los seguidores están convencidos, confían en sus promesas redistributivas y en la relación clientelar que entablan con el líder, por medio de la cual, estiman, obtendrán mejoras económicas y sociales.

3. La polarización de la sociedad

En tanto líderes con un discurso radicalizado, los populistas polarizan la sociedad a partir de la exclusión discursiva de quienes no opinan como ellos. Es decir, dividen a la sociedad en torno a distintas políticas intermediadas por la cuestión “a favor” o “en contra” del líder.

Freidenberg (2011) plantea que estos liderazgos ofrecen vínculos de suma cero”, es decir, se está totalmente a favor o totalmente en contra de los líderes, no hay términos medios.

En este sentido, dado que la política supone una unión en clave identitaria entre el líder y sus seguidores, los líderes populistas tienen dificultades para integrar a quienes no están de acuerdo con su proyecto político.

4. El sostén de las coaliciones

Si bien su discurso es estricto y excluyente, el éxito electoral y político de estos líderes se sostiene mediante una coalición plural de sectores sociales que encuentran en el Estado un lugar donde representar sus intereses. A veces, estos sectores tienen intereses distintos y hasta antagónicos, por eso, solo el líder tiene la capacidad de unirlos.

Por tal motivo, el discurso populista se basa en la legitimidad mayoritaria, la cual sustenta el desarrollo de sus proyectos de cambio y justifica sus acciones (Freidenberg, 2011). De esta manera, en los gobiernos populistas, las decisiones de gobierno no aceptan críticas ni reparos, ya que -supuestamente- atienden a la voluntad e intereses de la mayoría.

5. Las cualidades extraordinarias

Las supuestas cualidades extraordinarias de estos líderes populistas, así como su forma carismática, personalista y paternalista de ejercer el poder, facilitan un escenario con seguidores convencidos de sus características únicas y confiados en que su capacidad sostendrá sus métodos redistributivos. Como se mencionó anteriormente, dichos métodos se encuentran mediados por una relación clientelar, por medio de la cual, sus

seguidores no solo tienen coincidencias con sus discursos y políticas, sino además, estiman, obtendrán mejores oportunidades mientras el líder esté en el poder (Freidenberg, 2007).

En este punto aparece el problema de la continuidad de los gobiernos populistas, ya que resulta difícil encontrar a alguien que reemplace al líder y mantenga sus características personales y capacidades. Por esta razón, los líderes populistas tienden a perpetuarse en el poder, o a mantenerlo a través de personas de su estricta confianza.

Conclusiones

Las cinco características del liderazgo populista previamente planteadas se vinculan al régimen político y a la calidad democrática de un país. En los países latinoamericanos en los que se identificaron líderes populistas, estos realizan un fuerte cuestionamiento del orden institucional establecido, siempre bajo la dialéctica amigo/enemigo y el rechazo a los límites a su poder.

El líder populista tiende a construir su poder sobre bases no reguladas, sin intermediación de las instituciones, ni de los partidos políticos. De esta forma, los defensores del populismo se muestran como defensores del pueblo en su conjunto, al que deben defender de posibles ataques internos o externos.

Freidenberg (2011) señala que el populismo puede entenderse mediante la subordinación de las instituciones a las decisiones de un líder, el enfrentamiento de los órganos del Estado entre sí, la polarización del discurso contra los que opinan diferente o las prácticas de subordinación de los ciudadanos disimuladas detrás de supuestas reparaciones.

La historia argentina ofrece variados ejemplos de liderazgos populistas, siendo Juan Domingo Perón su principal representante; mientras que algunos autores encuentran en Hipólito Yrigoyen a un populista temprano, o ven en Carlos Menem a un neopopulista.

Los gobiernos posneoliberales representaron la llegada al poder de los gobernantes mencionados en el primer párrafo: Rafael Correa, Evo Morales, Hugo Chávez, José Mujica, Néstor Kirchner y Luiz Inácio Lula da Silva, y con ello una nueva consideración sobre el liderazgo populista.

En todos estos casos -más allá de las diferencias-, el papel del liderazgo y el rol de los seguidores en la ejecución de estos gobiernos resultaron clave para entenderlos como populistas. En este punto, cabe destacar que no se trata simplemente de determinar si un líder populista es más o menos carismático, más o menos afín a ideas de izquierda o de derecha, sino el tipo de liderazgo que desarrolla con sus seguidores.